

## **Mateo 6:13**

Mateo 6:13 Mas líbranos del mal.

Nadie dudará que hay mal en este mundo. No se puede ver el hambre en África, el sufrimiento en los terremotos, las inundaciones, y negar que hay bastante mal en el mundo aun cuando se trata de las cosas de la naturaleza. Y al ver la crueldad de los hombres contra sus semejantes, los secuestros, y el terrorismo, la represión, personas con hambre que se quedan muriéndose nada más porque alguna burocracia no les deja llegar la comida, la amenaza de una guerra nuclear, se confirma nuestra impresión de que las fuerzas del mal siguen bastante fuertes en nuestro mundo.

Pero detrás de todo el mal que hay en el mundo hay una persona, el que se llama el príncipe de este mundo, el diablo o Satanás. Hasta que él se rebeló contra Dios y engañó a Eva, no había mal en el mundo. No había hambre, ni enfermedad, ni dolor ni sufrimiento ni opresión ni asesinatos ni una persona hablando cruelmente a su compañero. Y es interesante que en griego lo que traducimos con “el mal” puede igualmente ser traducido con “el Malvado,” o sea Satanás. Jesús nos dirige a orar contra todo mal en el mundo, pero al pensar en lo malo nunca puede estar muy detrás la realidad de aquel que es la fuente de todo mal, el diablo.

La otra cosa interesante es que Jesús deja al último esta petición, aunque creo que nuestra tendencia natural es poner esto en el primer lugar de todos. Jesús dirige nuestra atención primeramente a Dios, nos dice orar primero para que honremos bien su Nombre salvador, además nos dirige a pedir que por medio de la fe Jesús reine en nosotros, y que su buena voluntad se haga en nosotros. Nos enseña a pedir todo lo que necesitamos para vivir esta vida en esta tierra de nuestro Padre celestial. Nos impresiona con la importancia del perdón, de Dios por nuestros pecados, y de nosotros a los que nos hayan ofendido. Nos dirige a pedir nuestro Padre celestial auxilio y victoria en las tentaciones. Todo esto viene antes de enseñarnos a pedir al Padre, “mas líbranos del mal”.

Que diferente es nuestra actitud tantas veces. Ponemos en primer lugar nuestro bienestar físico, nuestra salud, nuestros problemas financieros, y cuando en todo esto nos va bien, ya tenemos todo lo que queremos y bien podemos olvidarnos de Dios. Que venga sobre nosotros un dolor agudo, una enfermedad crítica, un retraso financiero severo, entonces sí podemos acordarnos de Dios, clamar al cielo para ayuda, prometer ya ser fieles, y casi tan pronto que Dios nos oiga, olvidarnos otra vez

de él. Así es la naturaleza del hombre desde que entró el pecado en el mundo. Cuántas veces no hemos sido como los nueve leprosos en la Biblia que en su necesidad clamaron a Jesús por ayuda, y fijándose en el camino en que ya no tenían lepra, se olvidaron por completo de Jesús. Es un milagro de Dios cuando preserva en nosotros una verdadera actitud de gratitud como del único leproso samaritano que volvió a Jesús para darle las gracias. Tenemos que confesar la falta de gratitud que tantas veces hemos mostrado a nuestro Dios, y pedir a Dios su perdón. Y tenemos la promesa de la Biblia, de que si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados.

Sin embargo, Jesús en su misericordia sí nos enseñó a pedir que nuestro Padre celestial nos libre del mal, de todo mal, de todo que realmente podría hacernos daño. Pero, ¿Qué es lo que realmente estamos pidiendo aquí? Muchos pensarían que es dirigida principalmente contra la enfermedad, las heridas, la pobreza, etc. En el momento de sufrir, nosotros mismos frecuentemente vemos como único problema la cosa que nos está causando tanto dolor.

Fácilmente nos olvidamos de que, aun cuando oramos contra cada mal en particular, estamos orando realmente contra una persona. Estamos orando contra el diablo. Estamos orando contra una persona que en todo lo que hace está buscando nuestro mal. Estamos orando contra una persona que hace todo lo que puede para frustrar los planes de Dios para nosotros y nuestra salvación. No le importa mucho qué tendrá que usar. Con que nos aleje de Dios y de su Palabra de salvación, con que destruya nuestra fe en el Redentor, él estará contento.

Pero eso pone bajo una nueva luz todo lo que experimentamos. No estamos luchando “contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. Satanás y las fuerzas del mal forman nuestro ambiente en lo que nosotros podríamos llamar “buenos tiempos” tanto como los malos tiempos. Y realmente, no le importa un comino si por medio de la prosperidad o la pobreza, si por medio de la salud o la enfermedad, si por medio de la enemistad o la amistad de los compañeros y familiares nos aleja de la comunión con nuestro Padre celestial. A él le da igual si por el sufrimiento nos hace alejarnos de Dios en la desesperación, o si cuando todo nos parece ir bien pensamos que entonces todo está bien con Dios también y ya no tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados, y buscar la salvación solamente en el sacrificio de Cristo en la cruz por nuestros pecados.

Así fue la experiencia de los Hijos de Israel antes de entrar en Canaán. Satanás trató de desanimarlos por medio de los ataques del rey de Arad. El pueblo de Edom rehusó permiso para que los israelitas pasaran por su territorio. Y los hijos de Israel cayeron en la tentación de quejarse contra Dios y muchos se murieron por ser mordidos por las serpientes.

Pero luego por medio de esa aflicción, fueron llevados al arrepentimiento y Moisés les puso entonces la serpiente de bronce, uno de los retratos más hermosos del Antiguo Testamento de la obra salvadora de Jesucristo. Los ataques, las barreras, las víboras, todos nos parecerían males, y SATANÁS QUISO USARLOS PARA MAL, pero en fin sirvieron para renovar y fortalecer la fe de los hijos de Israel en la promesa de un Salvador del pecado.

Por otro lado, algunas de las advertencias más fuertes a los Hijos de Israel hablaban del peligro de la prosperidad. “ “Cuidate de no olvidarte de Jehová, tu Dios, para cumplir los mandamientos, decretos y estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda que comas y te sacies, edifiques buenas casas y las habites, cuando tus vacas y tus ovejas aumenten, la plata y el oro se te multipliquen y todo lo que tengas se acreciente, se ensoberbezca tu corazón y te olvides de Jehová, tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre; que te hizo caminar por un desierto grande y espantoso, ... que te sustentó con maná en el desierto, comida que tus padres no habían conocido, afligiéndote y probándote, para a la postre hacerte bien, y digas en tu corazón: “Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza”; sino acuérdate de Jehová, tu Dios, porque él es quien te da el poder para adquirir las riquezas” (Deut 8:11–18).

¿Cuántos no hay en el mundo de hoy que han recibido de la mano de Dios riquezas de que sus antepasados ni soñaron, y en vez de alabar y dar las gracias a Dios, se hacen orgullosos, piensan que todo lo tienen por sus propios esfuerzos, y usan sus riquezas no para la gloria de Dios, sino para satisfacer sus propias lascivias y en servicio del pecado? Y todo el tiempo pensando que su prosperidad es la marca de que todo está bien con ellos también espiritualmente. Así San Pablo tiene que preguntar: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y generosidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (Romanos 2:4–5). Aunque Dios era generoso y quería bendecir, Satanás y el corazón corrompido e incrédulo lo hicieron salir para su mal eterno.

Así no es tan fácil siempre como para decir que cuando las cosas nos parecen ir bien y somos prósperos y buenos de salud, eso es lo bueno, y sufrir necesidad, persecución, enfermedad es malo, y que en esta petición pedimos a Dios que nos libre de éstos para darnos aquellos. Jesús, al enseñarnos a orar que Dios nos libre del mal tiene un objeto más grande que eso. Lo que él busca es nuestra salvación eterna; que seamos librados eternamente del poder del Malvado y todos sus ataques.

El caso de José también es muy instructivo. Si había alguien que sufrió injustamente, fue José. Vendido como esclavo por sus propios hermanos. Encarcelado injustamente, no, más bien por hacer justamente al resistir las tentaciones de la esposa de Potifar, su amo. Olvidado por los a quienes ayudó en la cárcel.

¿Lo permitió Dios para hacerle mal? Oigamos el testimonio de José mismo cuando se reveló a sus hermanos que lo habían vendido: “Vosotros pensasteis hacerme mal, pero Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener con vida a mucha gente” (Génesis 50:20).

O considera el caso de Job, a quien Satanás le quitó su riqueza, su salud, su familia, y Dios lo permitió. ¿Fue porque Dios odiaba a Job y lo quería destruir? ¿Cuál es el desenlace final de la historia de los muchos males que sufrió a manos del maligno? “Cuando Job hubo orado por sus amigos, Jehová le quitó la aflicción; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job... Jehová bendijo el postrer estado de Job más que el primero, porque tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. También tuvo siete hijos y tres hijas” (Job 42:10,12-13).

¿Cómo oraremos entonces esta petición? No buscando en primer lugar que se nos quite todo sufrimiento o enfermedad etc., sino que Dios nos libre del poder de Satanás, de modo que nada que nos pase pueda realmente dañarnos, sino que todo tenga que servirnos en el camino al cielo.

Confianza en Jesús para la salvación. Y confiando entonces también en su promesa: “A los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien” (Romanos 8:28).